

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 8.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN — (Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar» Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

*Yo tres y tú dos

Mucho tiempo hacia que se habían casado. El era un buen viejo, pacífico y bonachon, incapaz de hacer mal ni á una mosca, aunque le picara la calva. Ella era aún fuerte y robusta, más tiesa que una vara de cortina, y más terca y más terca y taruga que una burra vieja. Llevaba la batuta en su casa, y el único músico de aquella orquesta tocaba siempre al compás que ella quería. Había hecho su voluntad desde que les echaron la bendición, y el viejo se había acostumbrado á pasar por donde placía á su *perpétua*, que era como apodada á su consorte. Sabía teórica, y aun más prácticamente, que el marido más déspota hace siete veces al día la voluntad de su mujer. Alguna vez allá á sus solas se revolvía contra su flojedad, bondad y benignidad; pero jamás pasaban á vías de hecho estos pujos de carácter. ~~Poco miedo tenía él á aquel arrugado tirano hembra!~~ Recordaba, para cohonestar su debilidad, una porción de refranes, dichos, sentencias y cuentos relacionados con su situación: «Lo que quiere la mujer, lo quieren Dios y el diablo.» «El hombre propone, Dios dispone y la mujer descompone.» «Si tu mujer se empeña en que te tires por el balcón, procura que tu casa tenga el piso bajo.» Y, sobre todo, pensaba: «Cuando uno no quiere, dos no riñen.» Tenía presente el caso de aquella casada que se ahogó en un río y el marido llorando, la buscaba agua arriba, y haciéndoselo notar, contestó con amargura: «Es que mi mujer era tan contraria á lo que hacían los demás, que aun despues de muerta estoy seguro de que ha de ir contra la corriente.» ~~Y aquel otro de otra casada, á quien su marido, harto de ella, en una disputa arrojó al río; y ella, cuando se lo permitía la corriente, sacaba de cuando en cuando la mano derecha, y juntando y separando rápidamente los dos dedos índice y del corazón, parece que decía: *tijeretas han de ser.*~~

Todo esto pensaba; y algunas veces recordaba el buen viejo, pues era medianamente instruido, aquello del Eclesiástico: «Si la mujer tuviese autoridad, será contraria á su marido.» Y aquello otro: «No des á la mujer poder sobre tu alma, porque no se levante contra tu autoridad y quedés avergonzado.» —Que es lo que me sucede á mí, se decía el bueno del viejo: ¡Vaya! y me quedo avergonzado. Alguna vez pensó, pero no más pensó: El divorcio; pero inmediatamente se le venía á la memoria aquello de San Pablo: «Que la mujer no se separe de su marido, ni el marido tampoco deje á su mujer.»

Y así iban viviendo, en paz, sí; como que no había ni aun asomo de rebelión.

Pero una noche, sentados al amor de la lumbre: ¿Cenamos?—dijo él.

—Mira—contestó ella,—aquí tengo cinco huevos, los haré fritos, y nos los comeremos en amor y compañía.

Efectivamente; puso ella la sartén al fuego, se frieron los huevos, y en un mismo plato, como siempre, se prepararon á cenar.

—Tú—dijo ella—te comerás dos y yo tres.

—Mujer—replicó él sonriéndose;—yo soy el hombre, soy el cabeza de la casa; tú eres la mujer, la hembra...

—Sí, y tú el macho.

—Bueno, yo el macho; por eso me comeré tres y tú dos.

Y esto lo dijo sin intención de llevar á efecto su amenaza.

Pero la vieja, que necesitaba poco para enseñar los dientes de su terquedad, repuso, ya amoscada:

—He dicho, que yo tres y tú dos, y así será.

—Pues yo digo—gritó el viejo—sosteniendo su opinión contra la de su mujer por primera vez en su vida, que tú dos y yo tres.

—Eso será lo que tase un sastre ó una sastra. Ya me conoces. y sabes que no cedo nunca: yo tres y tú dos.

—Pues aunque te murieras—dijo él con desusado acento de autoridad;—tú dos y yo tres.

—Pues me muero.

—Pues muérete.

—Ahora verás—y la terca vieja pone en tierra una manta, y se tiende boca arriba, y cruza las manos.

—Vamos, mujer; no juegues, levántate.

—¿Tú dos y yo tres?

—No,—dijo el viejo—yo tres y tú dos.

—Pues muerta me quedo: y ya puedes llamar para que me hagan la caja.

—Bueno; pues llamaré.

Y el viejo, despues de titubear un poco, llamó á un carpintero vecino.

—Hombre—dijo éste cuando vió á la vieja—¡qué natural está! Nadie diría que es cadáver.

—Sí—dijo el viejo, apretando los puños—nadie lo diría

Tomó el carpintero medida del ataúd y se marchó.

—Mujer—dijo el viejo, cuando se quedó soló;—mira que ya te están haciendo la caja! ¿Tú dos y yo tres?

—No; yo tres y tú dos.

Y volvió el carpintero con el ataúd, y colocaron en él á la vieja.

Y pasaron la noche, sin que la taruga vieja se moviese; y sin turbarse el silencio más que por la pregunta que de cuando en cuando hacía el viejo:—

¿Yo tres y tú dos? Y por la invariable respuesta de la vieja:—No; tú dos y yo tres.

Y entre tanto, los huevos, causa inocente de aquel sainesteco drama, helados y quietos en el plato.

Y el viejo dió parte al clero de la muerte de su costilla. Y ya se oían los cánticos.

—¡Mujer, que ya cantan!

—Pues más que lloren. ¿Yo tres y tú dos?

—No—contestó con los dientes apretados al viejo;—tú dos y yo tres.

Y el sacristán, que era amigo de la casa, dió la mano al viejo y el pésame.

—¡Y qué color tiene la difunta! ¡Parece que está viva!

—Sí—contestó el viejo, ya enternecido;—cualquiera diría que está viva.

—¡Y era tan buena mujer!—añadió el sacristán;—no tenía más sino que era un poco terca.

—Sí—afirmó el viejo, dando un suspiro que le arrancaba de los talones;—era un poco terca..., un poco terca.

Y entraba gente en la habitación de la difunta. Y la vieja taimada quieta que quieta. Y ya iban los enterradores á echársela al hombro, cuando el marido se arrodilló, como para besar á su esposa, y le dijo al oído:

—Mira que te llevan, mira que te llevan. ¿Tú dos y yo tres?

—No—contestó imperceptiblemente la vieja;—yo tres y tú dos.

Y decían los que presenciaban:—¡Cómo quería á su mujer!

Echó á andar el cortejo, y el viejo presidiendo. Y concluyeron los cánticos de la Iglesia. Y antes de ponerle la tapa al ataúd, volvió á arrodillarse junto á él, y muy quedo:

—Mira que vamos camino del cementerio—dijo;—aún es tiempo. ¿Tú dos y yo tres?

—Que no, y que no—respondió ella. Adelante—dijo el marido sollozando.

Y así llegaron al camposanto.

—Dejádmela ver por última vez—gimió el viejo.

Y destaparon la caja; se apartaron los cuatro que llevaban la caja y el que tenía la tapa; y los cinco se quedaron mirando al viejecito lloroso, y condo-liéndose al ver que con tanto sentimiento se despedía para siempre de su querida esposa.

Y él, poniendo su boca junto á la nariz de la gran taruga:

—Mira—dijo quedito;—mira que está abierta la fosa; mira que te van á echar al hoyo; llorando te lo suplico: ¿tú dos y yo tres?

—No; cien veces no: yo tres y tú dos.

Los cinco hombres miraban conmovidos.

—Pues por última vez ¿oyes? por última ¿tú dos y yo tres?

—No, re no, y recontra no: Yo tres y tú dos.

—Pues, pues—grito el viejo sin poder aguantar más, y echando cada lágrima como un dátil.—¡Cómeme los cinco!

Y la vieja, como movida por un resorte, se levanta y se sienta en el ataúd. Aquellos cinco enterradores que oyeron decir «cómeme los cinco», y vieron á la muerta levantarse de pronto, creyeron que eran ellos cinco á quienes había de comerse la muerte y echaron á correr tan desesperadamente, que los talones les tocaban en las posaderas, gritando: «¡La muerta nos come!» y así llegaron al pueblo, sin dejar de gritar: «¡Que nos come la muerta!»

Entre tanto la vieja salió del ataúd. Se agarró del brazo de su viejo—ambos muy satisfechos—poco á poco llegaron á casa, buscaron el plato de los huevos, y encontraron el plato, pero no los huevos. Se los había comido el gato.

JOAQUÍN MARTÍNEZ LOZANO

Las conquistas humanas

Dios crió al hombre poniendo en sus manos el regio título del Soberano

Pero el hombre jugóse aquellos pergaminos de majestuosa realeza, y se quedó sin título.

Con el título marcharon las heredades que tan pingües rendimientos y tan deliciosas comodidades le proporcionaban.

Tuvo hambre, padeció sed, sufrió los rigores de las Estaciones, se vió obligado á huir de las fieras y necesitó ingeniarse para lograr la carne reconstituyente, de algunos pacíficos animales.

En su mente quedó, sin embargo, una semilla de soberanía.

Perdió el derecho del dominio y toda su vida está dedicado á conseguir ese dominio por la fuerza ó por el ingenio.

Quiere gozar del derecho de conquista. Quiere decir, al final de sus días:

—He plantado mi bandera sobre el alcázar de la Naturaleza. He sometido á los elementos. Conoci las leyes que rigen á los cuerpos, el modo de crecer de los vegetales, los instintos de las bestias, y reduje á la obediencia á esos tres mundos.

Pero los elementos resisten al látigo del hombre.

Para dominar las aguas tiene que disfrazar los submarinos de peces.

Para surcar los aires necesita presentar sus aparatos en forma de pájaros.

Y no es esto lo peor.

Ni el agua ni el aire se prestan á burdos engaños.

Es preciso que el mar y los vientos se hallen entregados á profundo sueño para que el submarino navegue y el aeroplano vuele.

El navegante y el aviador han de sorprender á la atmósfera y el océano en los ratos de calma somnolienta, de pesada modorra ó de alegre distracción y buen humor.

En cuanto los elementos abren sus ojos y se ven profanados por gentes extrañas y atrevidas, una sacudida, un brusco desprecio del mar y del viento hunde los barcos y estrella los aeroplanos.

Los peces juegan en derredor de la nave burlándose de su mole insensible, juguete de las aguas.

Una golondrina humilde, vuela caprichosamente sobre nuestras cabezas, momentos antes de elevarse el aviador, como diciéndonos:—Dios ha hecho mi máquina; mi máquina tiene vida; por eso vuelo como quiero y cuanto quiero. Esa otra la han hecho los hombres, esa no tiene vida; no tiene más que un espíritu artificial de gasolina que dura unos minutos.

Tras mucho trabajo logra el aviador levantar la mole voladora sobre los árboles de la campiña; el viento está en calma; la tarde risueña. Pero el motor no funciona...; las palancas se mueven torpemente...; las alas, los timones, no obedecen á las palancas... y el aparato cae donde las leyes de la Naturaleza le mandan; no donde quiere el atrevido tripulante.

No son los aviadores los que más se envane-cen de las conquistas humanas.

Vuelven la vista atrás y ven el suelo sembrado de victimas...

Un periódico ha dicho, comentando la catástrofe de París:

«Son muy sensibles tales catástrofes, pero constituyen la prenda que forzosamente ha de ser entregada á la Naturaleza para que ésta se rinda ante el pertinaz esfuerzo del hombre»

Esto sale fuera de los linderos de la verdad.

La Naturaleza sólo se rinde ante su Autor. La Naturaleza obedece sus leyes y se inclina ante la ciencia. Ante las catástrofes no se rinde. Son precisamente ejecuciones de las sentencias basadas en las misteriosas páginas de su Código.

Los prácticos están convencidos.

Podrá un superhombre, en su gabinete, sobre los libros, ó en su laboratorio, encantado por lo maravilloso de sus descubrimientos, creerse un semidios, dueño del aire y de los mares; pero el navegante que ve de cerca

las furiosas tempestades, y el aeronauta que se cierne sobre un abismo donde es muy fácil hundirse y sobre unas rocas donde un día ú otro se estrellará, esos conocen la pequeñez de los humanos inventos, precisamente porque los ven de cerca.

No nos hagamos ilusiones ante los, al parecer, prodigiosos avances de la humanidad.

El hombre es un rey destronado que, recordando su alto origen y su poder de un día, se entretiene en mandar imperiosamente, ahuecando la voz, á la servidumbre de la casa.

Y aun en estos juegos familiares le suelen salir las criadas respondonas.

ALÁ-VEN-UZEL.

El lujo de los templos

Asunto que verdaderamente se presta á curiosos comentarios es éste que se refiere al lujo de los templos. En las páginas que los escritores ultra-sentimentales dedican á este punto, pueden leerse las opiniones más variadas, cuando no extravagantes y caprichosas. Un cronista viaja por las estepas castellanas, y al contemplar sus templos pobres y desmantelados dice: En estos pueblos hay ausencia de fe religiosa; nadie se cuida de los templos que se ven venirse abajo. Un frío de tumba se advierte bajo sus bóvedas; desnudos están los altares y mal servido el culto. El tal cronista recorre después otros lugares, donde la majestuosidad de los templos llama la atención de quien los visita, y vedle cómo cambiando de tono exclama: No encontrareis aquí ni grandes centros de recreo, ni siquiera un mal teatro; pero con iglesias soberbias, exornadas con todo lujo y que deslumbran por su culto, tropezareis á cada paso. ¿No fuera mejor destinar todas esas cantidades que se emplean en el culto á la creación y sostenimiento de centros de recreo? ¿No sería más provechoso y conveniente destinarlas á los pobres? Esto me trae á la memoria aquel tan sabido cuento del aldeano y del rapaz, que caminaban juntos llevando delante de sí un burro con las alforjas vacías, y que es lo que ocurre precisamente en lo referente al lujo de los templos; si son pobres, dicen que la gente no tiene fe; si sobresalen por su esplendor, exclaman como el apóstol traidor: ¡A qué viene desperdiciar tanto!

Mas pongamos las cosas en su punto. Quiero yo suponer que las iglesias deslumbran por la esplendidez de su ornato y por la magnificencia de su culto; ¿hay por ventura en esto algo que desdiga de la religión cristiana y merezca ser tachado de impropio é inconveniente? No; los templos son lugares erigidos en honor de la Divinidad y en donde se rinde culto á Dios. Justo es, por consiguiente, que en ellos se emplee todo aquel ornato y toda aquella magnificencia, propios del objeto á que se destinan.

Nadie se estraña ni maravilla de contemplar la fastuosidad de los palacios y mansiones reales, antes por el con-

trario, la grandeza de su arquitectura, la riqueza de los objetos y el brillo de sus fiestas parece que constituyen uno de los mayores timbres y glorias de la nación; á nadie tampoco llama la atención que una persona poderosa tenga una morada en consonancia con su posición social, de tal modo, que es muy corriente acusar de avaro y miserable á quien no lleva el porte correspondiente á su alcurnia.

Esto, fuerza es decirlo lo lleva todo el mundo dentro de sí mismo. Quien se haya fijado en la experiencia diaria, podrá convencerse de ello. Todos cual más, cual menos, procuran aparecer delante del mundo en el grado y esfera de su posición social. ¿Ha mejorado uno de posición? Vedle cómo todo varía en el mismo sentido; su casa, su porte, su modo de ser marchan paralelamente á su mejoramiento. Vengamos ahora al caso; siendo Dios autor y dueño de todas las cosas, ¿no es justo que su casa sobresalga por su magnificencia y esplendor? ¿O es que no queremos conceder á Dios lo que se concede á los hombres?

Se me dirá: Dios no necesita de esos lujos. Ciertamente, y eso se le ocurre al más ignorante; pero también es cierto que la pompa exterior que se le tributa no proviene de la necesidad que Dios tenga de ello, sino de la necesidad que tenemos nosotros de rendirle homenaje. Cuando se hace un presente á una persona encumbrada ¿se hace acaso porque tenga necesidad de aquel obsequio? De ningún modo; se hace para demostrarle agradecimiento. Y este presente se procura que sea de tanta mayor valía, cuanto más alta es la personalidad á quien se dedica. Si se trata de una persona de relieve, se piensa, se discute acerca del obsequio que ha de hacerse, y de los labios de todos salen estas ó parecidas expresiones: es poca cosa, hay que dedicarle cosa de más valor. ¡Qué raro, pues que á Dios, Señor de todo lo creado, se le ofrezca todo cuanto de más grande y valioso encierra el universo! Los que aparentando una piedad que no tienen combaten el lujo de los templos, debieran antes examinarse acerca de los grados de fe que tienen en sus almas.

LORENZO DE BRINDIS

¡Un coronel de E. M. Jesuita!

Hemos leído en varios colegas la notable exposición, escrita en correcto y castizo castellano, que con motivo del proyecto de ley del reclutamiento dirigió al Senado recientemente el Rvdo. P. Lacaze, Procurador de las misiones de la Compañía de Jesús, dependientes del Ministerio de Estado.

El hoy P. Lacaze, S. J. es ni más ni menos que el Sr. D. Rafael Lacaze y Gevet, coronel retirado del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, jefe del personal que fué durante muchos años en el Ministerio de la Guerra, profesor antes de la Academia de Estado Mayor, y que en todos los empleos y en todos los destinos que ha servido se distinguió por

su ilustración, por su cultura, por su valor y por sus relevantes cualidades. El coronel Lacaze cambió la faja azul, distintivo del brillante cuerpo á que pertenecía, por el negro coñidor del Jesuita; y la cambió precisamente cuando era el número primero en su escala y se hallaba próximo por consiguiente á obtener la faja roja del generalato.

Este jesuita es hoy el Procurador de las misiones de la Compañía de Jesús dependientes del Ministerio de Estado.

Dios quería que el coronel Lacaze lo sirviera en otra milicia, y á ella lo llevó.

«Estos jesuitas—dicen sus enemigos—son muy listos: van á su negocio.» Indudablemente: y el que lo dude, ahí tiene el ejemplo del P. Lacaze, quien no podrá nadie negar que ha hecho un negocio loco. Podría ser hoy general de división y disfrutar de todas las ventajas, de todos los honores, de todas las comodidades que tan elevada jerarquía lleva consigo. Viviría en un palacio: estaría rodeado de ayudantes y de servidores: gozaría de grande influencia: se le rindiría respetuoso saludo: saldría al frente de su división y todos dirían «ese es el general Lacaze, el que fué jefe del personal en el Ministerio: procede del cuerpo de Estado Mayor.... Pues se ¡ha hecho jesuita y ahí le tenemos metido en su sotana, cubierto con su bonete y desempeñando los cometidos que le confie el superior, un P. Juan Fernández como dijo con su inimitable gracejo el Padre Coloma en *Pequeñeces*.

Hace pocos años estuvo de profesor en el colegio del Palo, en Málaga, y al saberlo recordamos el caso del tirano Dionisio, que concluyó abriendo escuela de párvulos en Corinto. Porque, en efecto, el P. Lacaze que había pasado la mayor parte de su vida mandando hombres, marchó á aquel colegio de Andalucía á ejercitar su paciencia educando niños. ¡Sin duda son muy listos los jesuitas y van á su negocio!

Pues si que lo son y si que van; pero no en el concepto ni para los fines que tienen presente sus enemigos. Los jesuitas, procuran, y seguramente consiguen todos, salvarse; en esto consiste su *listeza*; en cuanto al *negocio* único que les preocupa y por el que trabajan ya se sabe cuál es: que se salven los demás, y que durante la vida sean los hombres como Dios quiere y no como quiere el demonio.

En su hermosa exposición ha demostrado el P. Lacaze la justicia la necesidad, mejor dicho, de que se otorgue la exención del servicio militar á los que se preparan en los colegios de la Compañía para las misiones de América y Oceanía, y á la vez ha probado con claridad meridiana que la inclita Compañía es un poderoso foco de cultura, un elemento civilizador, con ningún otro comparable, y que constituiría un verdadero delito de lesa patria el perseguirla, y mas aún el extrañarla.

El toque de oración en el campamento

En el reducto la bandera ondea,
la noche envuelta en sombras adelanta,
y una plegaria al cielo se levanta
en la vecina torre de la aldea.

El campamento que la brisa orea
un himno mudo de misterios canta,
y el pecho del soldado se agiganta
á los nobles impulsos de una idea.

Se oye gigante voz de fe sincera,
con que el cañon despide en la trinchera
un sol poniente que la bruma empaña.

¡Espectáculo hermoso! ¡Quién pudiera
coronar el final de su carrera
muriendo honrado por salvar á España!

(Pocos días después de escrito este soneto caía su autor, el teniente D. José Ochoa, muerto gloriosamente en el Barranco del Lobo, 27 Julio 1909.)

Charla

—Le digo á V. que valía más ser un tonto de esos que ni sienten ni padecen para no vivir continuamente indignados con las cosas que se ven y se oyen.

—¿A qué te refieres?

—En primer lugar á estos gobiernos que dejan que la pillería de todas clases haga lo que se le antoje, y no solo deja sino que ayuda, y en segundo lugar á mis compañeros los obreros, quienes á pesar de ser muchos los que pudiera llamar hombres de bien, se dejan manejar como ciegos por cuatro canallas charlatanes que solo del embuste y de la revuelta viven.

—¡Tienes razon, así es!

—Pero con todo, no es esto lo que más me incomoda, sino que está uno reventando con la razón cuando les habla para desengañarles del mal en que viven y del que tarde ó temprano, más bien temprano que tarde, han de ser víctimas y ¡ni por esas! se rien de ello y á seguir de burros de reata. ¡Si siquiera se perdieran los que quisieran perderse! pero no, con ellos iremos todos forzosamente á la ruina más espantosa é irreparable.

—¡Si Dios no lo remedia, ya que los hombres no quieren remediarlo!

—Dios me parece que cansado de nuestras ingratitudes á sus bondades nos abandonó ya y estamos perdidos.

—Estamos haciendo muy mal uso de la libertad que El nos otorgó y las consecuencias tienen que ser fatales.

—¡Y el decir que todo por culpa de unos pocos!

—Y el miedo de los más.

—Si, señor y el miedo, por que, vamos á ver, los gobernantes abusando de su poder dictan leyes inicuas atentatorias á las más venerandas tradiciones del país y el país—¡callado! abusan del pueblo esquilmandole con tributos excesivos y el pueblo ¡callado! insultan por añadidura á este mismo pueblo con despilfarros escandalosos y... continúa el silencio del que sufre y paga; quitan todo lo que beneficia de verdad al pobre haciendo que éste emigre á lejanas tierras en busca del necesario sustento y en nada se altera la *paz octaviana*.

Pudiera un pueblo así vejado y escarnecido, sino un día otro enviar á mala parte á sus explotadores buscando directores más celosos del bien popular ó nacional, como V. quiera, pero no, señor; llegan nuevas elecciones y ante los cuatro consabidos discursos de los vivos de la política, el pueblo, ese pueblo que tan mal vive con estas leyes y componendas y libertades de perdición, vuelve á votar á los mismos perros ó cosa parecida. ¿Será esto miedo ó imbecilidad?

—Miedo en unos, imbecilidad en otros.

—Miedo en los que temen un cambio radical, imbecilidad en los que

aun se empeñan en creer que de las mismas causas han de salir efectos opuestos. Mire V., hay en mi taller bastantes individuos que pertenecen á cierta sociedad de resistencia, pues bién, ellos tuvieron ocasión de ver que no una sino cuatro veces el que hacía de cajero se largaba con los fondos cuando lo creía conveniente, y *erre que erre*, á pesar de la fuga las cuotas semanales de los *cándidos* siguen engrosando la bolsa para el cajero de turno. Otras veces se ven perjudicados en sus jornales, con huelgas y más huelgas y nada, ahí verá V. cientos de individuos aburridos vagando por esas calles días y días siempre que á dos ó tres revoltosos les viene en gana. ¡Y se llaman obreros conscientes! ¡Me...cachis con diez en la consciencia del diablo!

—Otras veces estas huelgas vienen planeadas desde el extranjero que tiene sumo interes en acabar de hundir á nuestra infortunada patria.

—Ya lo se, de sobra que lo se, y muchos lo saben, pero como si no. Por no hacer un esfuerzo de voluntad todos los que se llaman obreros honrados, que son los más, se dejan manejar como borregos por quienes de las *masas* viven y con las *masas* prosperan sin más que un poco de labia y mucha sinvergüenza. Yo como á este desastre ya no le veo remedio, he decidido meterme en casa y que se hunda todo.

—¡Meterte en casa! No, hombre, no, eso nunca. ¡Qué más quisieran los malvados, que los hombres que conocen el mal y desean remediarlo dejasen, cansados, de poner empeño en ello.

El catolicismo social con sus agremiaciones obreras, con sus sindicatos, consus proyectos de leyes benéficas de verdad para el pueblo, avanza como ola grande, majestuosa, imponente. Escudados con el santo lema de «religión y patria» verás ya miles y miles de obreros que disfrutando del benéfico influjo de estos dos santos amores, van buscando desgraciados compañeros que arrancar á las huestes del liberalismo cada vez más desprestigiado, para que unidos los más contra los menos que serán los malos de condición, limpiar de una vez este querido suelo hispano de alimañas venenosas, tales como la impiedad y el socialismo.

Deja de leer los periódicos liberales, órganos de estas dos fieras revolucionarias que te acabo de nombrar y que nos calumnian por que nos temen; rompe valientemente con todo lo que con ellos tenga alguna relación, alístate en nuestras asociaciones obreras donde no se engaña al obrero ni se le explota sino que se le beneficia grandemente, entérate bien por nuestros periódicos de lo que dicen y hacen los católicos sociales, y yo te aseguro que no te pesará, muy al contrario, entusiasmado contus observaciones sobre el terreno,

beneficiado con las obras de la sociedad católica, serás en lo sucesivo, dado tu buen criterio, un esforzado campeón de la causa más justa y santa que sobre la tierra puede haber.

—Tiene V. razón, la pasividad en estas circunstancias sería un crimen. Me alisto desde luego con los que por la verdadera paz, libertad y regeneración del pueblo trabajan que son los católicos. *Obras son amores y no buenas razones ni discursos.*

—Obreros: Cuando los revolucionarios aspiran al poder, proclaman la libertad; luego que le alcanzan, son los mayores tiranos.

Ejemplo Francia y Portugal.

UN RUEGO Á LOS MAESTROS CATÓLICOS

LA ASOCIACIÓN BENÉFICA DE LA ENSEÑANZA CATÓLICA ruega muy encarecidamente á todos los *maestros católicos* de España, tanto públicos como privados, envíen a su domicilio, Atocha, núm. 18, Madrid, sus respectivas señas, á fin de que reciban una *circular* donde se explica lo que esta Asociación piensa hacer respecto de la *Asamblea de Enseñanza*, así como también un *folleto* con las conclusiones que ha de presentar en dicha Asamblea, al objeto de que si están conformes con ellas remitan su adhesión.

El Presidente, *Manuel Prieto*.

Correspondencia administrativa

Sr. D. L. M.—Manlleu.—Pagado hasta fin de 1911

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento oficial, bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

Intereses que abona esta Caja de Ahorros

▲ las imposiciones reembolsables á la vista, el 3 por 100 anual.

▲ las imposiciones reembolsables á seis meses, el 3 y medio por 100 anual.

▲ las imposiciones reembolsables al año, el 4 por 100 anual.

Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.

Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.

BANCO DE CASTILLA SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Fábrica de Chocolates AGUSTINA UJO.—(ASTURIAS)

Proveedora de los principales Economatos y Cooperativas de Asturias y del Economato de la Compañía de ferrocarriles del Norte.

190.000 libras de chocolate vendidas en 1910

Un nuevo tratamiento contra la tuberculosis

En Palermo (Italia) el interes va creciendo acerca del descubrimiento del profesor G. Bandiera, el químico distinguido cuyo laboratorio está situado en la calle de Cavour 89 91.

En la última parte del siglo XIX los profesionales han puesto toda su actividad en descubrir un nuevo medio curativo, un específico capaz de combatir la tuberculosis, la bronquitis y los catarros pulmonares, enfermedades que llevan á una muerte cierta á media humanidad.

El tratamiento conforme todos los que lo han experimentado hasta ahora está basado sobre la acción pronta de productos químicos eficaces; así la respiración del enfermo se hace más libre, la expectoración más facil. Por consecuencia la fiebre disminuye, el apetito vuelve, las fuerzas aumentan. Los experimentos hechos hasta el presente han atraído todas las atenciones.

Este nuevo género de antiséptico encierra el desenvolvimiento ulterior de los bacilos y garantiza el organismo contra nuevas infecciones. Numerosos médicos han felicitado al inventor, telegramas, cartas llegan sin cesar al profesor Bandiera todos piden alguna botella del maravilloso remedio porque todos los enfermos quieren hacer un ensayo. El químico especialista un hombre filántropo se apresura á satisfacer los deseos de cada uno. (Precio del específico 10 francos)

Esperamos que este año el profesor Bandiera, expondrá su producto en la sociedad de medicina. Mientras tanto felicitamos al inventor en nombre de la humanidad que sufre y hacemos voto porque el nuevo tratamiento contribuya á la gloria de Italia y de Palermo donde el doctor Bandiera estudia y trabaja. (9)

Conservación de las maderas por medio de la sal.

Muchos son los medios conocidos y usados para impedir que las maderas se pudran, cuando han de estar expuestas á la intemperie ó empotradas en terrenos húmedos; pero la mayor parte de esos medios son harto conocidos ó costosos para que pueda aplicarlos el labrador á las necesidades de su explotación rural.

No deja, sin embargo, de tener importancia en el negocio agrícola la duración de las empalizadas, de los cobertizos y de las demás construcciones en que la madera ha de quedar expuesta á la acción de la humedad y de los cambios de temperatura.

La sal común es el agente conservador de las maderas, eficaz, sencillo y económico que está al alcance del labrador y que puede emplearse fácilmente en cualquier explotación agrícola.

Para emplear este agente, basta preparar una disolución concentrada en sal y agua. Allí se dejan sumergidas las piezas de madera que se quieran preparar todo el tiempo que sea posible. Después pueden usarse sin riesgo de que se pudran por ser la sal marina un antiséptico excelente y una materia muy ávida de la humedad, que absorbe cuando es excesiva, evitando así su acción destructora en las fibras de la madera.